

## Cuba: una auténtica Revolución<sup>1</sup>

Samir Amin<sup>2</sup>

La Revolución Cubana es la tercera revolución popular auténtica del continente americano después de la de los ex esclavos de Saint-Domingue (Haití a inicios del siglo XIX), luego de la de los campesinos de México (1910-1920). En contraposición, las revoluciones americanas de las colonias inglesas y españolas no tienen otra cosa en su haber más que guerras de independencia lideradas por las clases dirigentes locales, que a su vez son producto de la colonización mercantilista europea.

La Revolución Cubana, considerablemente más radical que las que precedieron en el Continente, fue calificada por esa razón de socialista, no sin buenos motivos. En tal sentido se inscribe, junto a las Revoluciones Rusa, China y Vietnamita del siglo XX, en una primera oleada de luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos.

El auge de la producción azucarera en Cuba, aún esclavista en el siglo XIX, se aceleró todavía más cuando la colonización de los Estados Unidos sustituyó a la de España.

1. Tomado de la revista *Casa de las Américas*, Año XLVIII, N° 254, pp. 3-7. La Habana, Cuba, enero-marzo de 2009.
2. Cientista político y economista egipcio que es el más importante neo-marxista de los últimos años, actual director del Foro del Tercer Mundo.



Esta proletarización colonial, más marcada en la América Latina que en otros lugares, origina la radicalización, que asocia naturalmente la dimensión antiimperialista del combate nacional y las ambiciones socialistas de las clases populares y de la *intelligentsia*. José Martí, el ancestro a quien la Revolución Cubana remonta su concepto de origen, se distingue de los héroes de la independencia de las Américas por su agudo sentido de igualdad social y su conciencia de que el problema no se circunscribe a la conquista de la independencia y la “libertad”, sino que exige una transformación radical de las relaciones sociales. Al horror de la colonización estadounidense Cuba respondió rápidamente con la organización de sus clases populares y su adhesión al comunismo.

La radicalidad auténtica de la Revolución Cubana va por tanto a desplegarse en el plano interno por la puesta en marcha efectiva de reformas revolucionarias y construcciones políticas de vocación socialista inspiradas por el marxismo; y en el plano internacional, por la afirmación de posiciones antiimperialistas consecuentes, teóricas y prácticas. A diferencia de muchas “revoluciones” americanas anteriores y posteriores que a menudo utilizaron una retórica violenta con respecto a Washington, pero teniendo a la par cuidado de sopesar sus palabras cuando se trataba de poner en tela de juicio los intereses de las clases nacionales privilegiadas, Cuba enfrentó desde un inicio y directamente a sus clases locales burguesas y compradoras. Cuba no alentó jamás la ilusión de un “capitalismo nacional independiente”.

Cuba optó rápidamente por abolir los privilegios de la propiedad privada sobre los medios de producción, tanto nacionales como extranjeros. Desde que emprendió la vía de la construcción del socialismo, tiene en su haber inmensas



realizaciones efectivas cuya impresionante relación, que atañe no solo a las esferas de la educación y la salud, sino también a las que se refieren a la vida cotidiana de las clases populares (vivienda, alimentación) sencillamente no tiene igual en todo el Continente; y en este es el único país que no ofrece el espectáculo de las más desoladora miseria, como suele ser común en cualquier otra parte. En Cuba no se mata a niños en las calles como en Brasil, ni se comercia con sus órganos. Las severas censuras del socialismo, que no suelen escatimar formas de expresión en los medios de comunicación dominantes, ¡se cuidan mucho de establecer comparaciones entre Cuba y el resto del Continente!

Ocurre que el pueblo cubano y sus militantes comunistas esperan con más razón que cualquier otro alcanzar mayores logros que los países de esta parte del hemisferio. Optaron por el ideal de la construcción de una nueva sociedad, sin clases, liberada de todas las formas de opresión y de explotación y han movilizad, con esta perspectiva, diversos medios, inspirados por la experiencia de los demás o inventados por ellos mismos. Medios que no siempre han tenido la eficacia esperada, pero que finalmente siempre han dado lugar a reflexiones críticas útiles para el futuro.

Es verdad que Cuba se inspiró ampliamente en el “modelo soviético”, cuya influencia fue tanto más real cuanto que el apoyo de la Unión Soviética, económico (suministro de petróleo) y político-militar, no dio alternativa para hacer frente al bloqueo y a las intervenciones militares permanentes de los Estados Unidos y de sus aliados. Pero Cuba supo mantener a la vez ciertas distancias respecto de ese modelo en la gestión económica de su sistema y en su gestión política. El Partido único aquí fue el producto de la liberación política y de la fusión



del movimiento castrista, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el antiguo Partido Comunista, aliados que entendieron en ello la exigencia que la historia les estaba imponiendo. Pese a los límites de la teoría y de la práctica de ese nuevo Partido, aquí el poder no cayó jamás ni en el culto a la personalidad ni en las extremas desviaciones del modelo soviético.

Esa capacidad de recuperación quedó demostrada en los hechos por las respuestas de Cuba al reto que siguió al desplome de la URSS. Se pensaba que el poder cubano se había perdido definitivamente. Contra esa figuración, Cuba demostró ser capaz de salir del hueco en cinco años, entre 1990 y 1995, y logró subir de nuevo la cuesta. Aunque, por supuesto, el país desde entonces ha enfrentado nuevos retos sobre los cuales volveré.

En el propio seno del sistema cubano siempre se han manifestado voces críticas del modelo adoptado. La del Che Guevara fue una de ellas. Cada cual a su manera, el Che, Togliatti, Mao entendieron que el modelo soviético había agotado su capacidad para innovar y hacer avanzar la sociedad por la vía del socialismo; y comprendieron desde su óptica personal la desviación que condujo a la restauración capitalista, cuya implosión de los años 1985-1991 reveló su destino. El análisis detallado de los artículos del Che referidos a esa desviación debe seguir siendo objeto de atentos debates, y no reemplazarlo por juicios apresurados y terminantes.

Desde el principio, Cuba adoptó una línea de pensamiento y acción antiimperialista e internacionalista consecuente, y ha sido el único en la América Latina que midió la importancia del frente de liberación que inauguró Bandung (1955) y el consecuente Movimiento de Países Ni Alineados, Movimiento que se constituyó con Asia y África, más Cuba, como se proclamaba.



Cuba buscó, con razón, integrar a la América Latina en ese frente del sur, y para ello tomó la iniciativa de crear la Tricontinental (1966). Sin embargo, mientras Bandung reunía en Asia y África a los pueblos de dos continentes, y mientras sus Estados eran representados por gobiernos que gozaban de la legitimidad que les confería su constitución a partir de las luchas de liberación, en la América Latina la Tricontinental reagrupaba movimientos populares comprometidos en la lucha contra los gobiernos de turno, sometidos a los Estados Unidos. El Che trató de dar forma a las luchas armadas en las que se involucraba la Tricontinental. La historia ha demostrado que en aquellos momentos no se habían reunido las condiciones objetivas que permitirían a esas luchas salir de los confines de su aislamiento.

De suerte que fue preciso esperar a que un poco más tarde, bajo la forma de movimientos populares civiles, la América Latina entrara a su vez en la transformación del mundo, en el mismo momento en que la ola nacional/popular de Bandung se deshacía. Esa nueva ola de florecimiento de movimientos populares y las victorias que alcanzó en Brasil, la Argentina, Uruguay, Venezuela, Bolivia, Ecuador sacó a Cuba del aislamiento en el que los Estados Unidos y la Organización de Estados Americanos (el “ministerio de colonias” de Washington) la había confinado durante cuarenta años. El éxito de las operaciones donde intervienen médicos y educadores cubanos en todo el Continente, sumado a la repercusión alcanzaba por la iniciativa de Venezuela de crear el ALBA, ha invertido la correlación de fuerzas. Actualmente, son los Estados Unidos y no Cuba los que están aislados en su Continente.

Años atrás, Cuba había demostrado su adhesión a la causa antiimperialista por su apoyo militar a la guerra que



Angola libraba contra las intervenciones sudafricanas junto a los “amigos” del campo socialista. La derrota militar que los cubanos infligieron a los ejércitos sudafricanos no fue en vano, pues aceleró el fin del odioso régimen del *apartheid*.

Actualmente Cuba afronta nuevos retos. La Revolución Cubana se sitúa en la estela de la primera ola de luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos, que ha conformado el siglo XX.

Esta primera ola alcanza victorias cuyos resultados han sido los que han sido, como siempre o casi siempre ocurre, una mezcla de progresos y retrocesos cuya lectura crítica, que conviene renovar con frecuencia, no puede ser objeto de rápidas reflexiones como estas. Las contradicciones, los límites y las derivas de los socialismos históricos del siglo XX –de la socialdemocracia auténtica, de la época del soviétismo, del maoísmo, del castrismo, de las experiencias nacionales/populares radicales de numerosos países del Asia y del África de Bandung– deben todos tomarse en cuenta con la seriedad que la prosecución de la utopía creadora de la emancipación de los trabajadores y de los pueblos impone.

Se ha volteado la página de esta primera ola. Pero ya empiezan a hacerse sentir las primeras vibraciones anunciadoras de la formación de una nueva ola de luchas. Y Cuba, que ha sobrevivido cuando se desplomaban otros actores de la primera ola, podría ser el puente de unión entre el pasado y el futuro.

Al acoger en La Habana en 2007 la Cumbre de los No Alineados (en lo sucesivo los No Aliados con la mundialización imperialista), Cuba ha recordado a los países del sur que pueden derrotar el sistema de la dictadura de la plutocracia financiada por los oligopolios imperialistas y el despliegue de su proyecto de control militar del planeta.



Ese propio sistema imperialista dominante entró en crisis desde el otoño de 2008, y su primera manifestación fue el desplome de su mercado monetario y financiero integrado. Tras el cual se esboza, en profundidad, la crisis sistemática de ese capitalismo/imperialismo obsoleto. Paralelamente, con los primeros avances victoriosos de los pueblos de la América Latina y de Nepal se prefiguran las condiciones de una respuesta humanista, popular y democracia. Marx está de vuelta. La afirmación de la segunda ola de luchas de liberación de los trabajadores y de los pueblos está ahora a la orden del día. Este futuro mejor posible se tomará una realidad que se impondrá, si las fuerzas progresistas –en Cuba, al igual que en otras partes del mundo– extraen las lecciones de los límites de las concepciones teóricas y de las prácticas de la primera ola.

El socialismo del siglo XXI debe ser democrático. No en el sentido burgués del término, que disocia la democracia política –limitada al electoralismo parapluripartidista– del progreso social, sino en un sentido más rico y profundo, capaz de asociar la democratización de las sociedades al progreso social. Cuba puede innovar en esta dirección. Porque ya ha dado el ejemplo de una vida democrática que, pese a sus insuficiencias, ha sido incomparablemente más real que las falsas democracias electorales de otros lugares asociadas a la regresión social. Consecuentemente, Cuba debe saber marchar hacia adelante, superar sus insuficiencias, ensayar formas jurídicas e institucionales adecuadas, capaces de asociar el respeto a los derechos individuales y al progreso social.

Las concepciones de la III Internacional, en el origen de las revoluciones del siglo XX, no tomaron suficientemente en consideración las consecuencias que la polarización inherente a la expansión capitalista/imperialista mundializada implicaba



para cuanto se refería a la “construcción del socialismo”. Pues esa polarización es la razón por la cual las rupturas decisivas con la lógica del capitalismo se produjeron todas en las periferias del sistema mundial (Rusia, China, Vietnam, Cuba). Pero por ello la rápida construcción de una forma acabada de socialismo chocaba con grandes obstáculos, porque había que asociarlas a tareas conflictivas en buena medida, las de corregir el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas heredado del modelo polarizante de despliegue imperialista. El comunismo de la III Internacional subestimó la gravedad de esta contradicción e inspiró estrategias que creyeron que la podrían superar en un tiempo histórico corto, formuladas por los bolcheviques en la impronta de 1917, por los maoístas en la Revolución Cultural, por el castrismo.

Hay que entender que la polarización producida por la historia del capitalismo realmente existente impone otra visión de la larga transición (secular) del capitalismo al socialismo. Para los pueblos del sur, esta larga transición debe estar constituida por fases sucesivas de despliegue de estructuras nacionales, populares y democráticas. Estas son las únicas capaces de asociar las exigencias contradictorias de un desarrollo eficaz de fuerzas productivas aún insoslayable y las de la progresión, de etapa en etapa, de nuevas lógicas sociales, las del socialismo, de modo de dar toda la amplitud al respeto de la democracia en todas sus dimensiones sociales, y responder a las exigencias de la vida en el planeta, amenazada por la irracionalidad de la lógica de la acumulación capitalista. El marxismo creador debe ser capaz de generar las conceptualizaciones teóricas e inspirar las estrategias de la transición necesarias al despliegue del socialismo del siglo XXI. Cuba tiene las mejores condiciones para participar en esta creación humana.

